

## EL HOLOCAUSTO: EL GENOCIDIO EN LA LITERATURA/5



J. Ors

MADRID- No hay que vivir y contar. Hay que vivir para contar. Las palabras pertenecen a Primo Levi, escritor, superviviente de Auschwitz-Birkenau. ¿Se puede escribir después del Holocausto? «Ésta es la experiencia de la que salí. Su símbolo es el tatuaje que todavía llevo en el antebrazo; mi nombre de cuando no tenía nombre, el número 174517. Me ha marcado, pero no me ha quitado el deseo de vivir; es más me lo ha acrecentado, porque ha conferido un objetivo a mi vida, el dar testimonio, a fin de que nada semejante ocurra de nuevo. Y éste es el objetivo que persiguen mis libros». El novelista respondió con esta contundencia. ¿Existen dudas? Ahí está su obra: «Vivir para contar. Escribir tras Auschwitz» (Alpha Decay), «Si esto es un hombre» (El Aleph), «La tregua» (El Aleph), «Informe sobre Auschwitz» (Reverso). «Era una muerte inerme, ignominiosa e inmundada».

Primo Levi dice más: «De cada transporte, una décima parte, de media, era derivada a los campos de trabajos forzados; nueve décimas partes (entre las que se comprendían todos los niños, los ancianos y la mayor parte de las mujeres) eran inmediatamente suprimidas con un gas tóxico originalmente destinado a desratizar bodegas».

¿Es necesario seguir escribiendo? Y hasta dibujando si es necesario para evitar que el olvido borre la memoria. Ahí está un testimonio gráfico para los que prefieren leer con imágenes: «Maus» (Mondadori), de Art Spiegelman. El dibujante recogió en viñetas la experiencia de sus padres, testigos del Holocausto. El resultado, una carcería de gatos y ratones en blanco y negro que conmueve como el mejor relato cinematográfico.

### Un sádico sanguinario

La burocratización de la masacre resalta el signo de aquella barbarie. El propio Levi «escribe» la introducción al escalofriante «Yo, comandante en Auschwitz» (Ediciones B), de Rudolf Höss, las memorias del deplorable oficial nazi responsable del campo de concentración. El escritor italiano lo expresa con suma certeza: «El autor no es un sádico sanguinario ni un fanático lleno de odio, sino un hombre vacío, un idiota tran-

quilo y diligente que se esfuerza en desarrollar con el máximo cuidado las iniciativas bestiales que se le encargan, y en esta obediencia parece encontrar la satisfacción plena a todas sus dudas e inquietudes». Era un oficinista del mal. Un tipo preocupado por ejecutar con eficacia, y en los trámites temporales establecidos, las personas deportadas que recibía en sus instalaciones cada día. Y lo cumplía a rajatabla, sin descuidos, sin deslices, sin compasión. Su alma era pura álgebra, pura estadística. «La masacre nazi —dicta Levi— es el signo de lo inhumano; de la solidaridad humana negada, prohibida, quebrantada; del aprovechamiento esclavista; de la impúdica instauración del derecho del más fuerte, deslizado de contrabando bajo el emblema del orden. Es el signo del abuso, el signo del fascismo».

¿Pero es necesario todavía escribir sobre aquello? Sí, para conocer, por ejemplo, cómo fue —«Aus-

chwitz: los nazis y la solución final» (Crítica), de Laurence Rees—; para saber cómo se pervirtió el idioma que condujo a la corrupción de una sociedad —«El lenguaje del Tercer Reich» (Minúscula), de Viktor Klemperer, que también dejó sus vivencias en «Quiero dar testimonio hasta el final» (Galaxia Gutenberg), los dos volúmenes que comprenden sus diarios desde 1933 hasta 1945—; para indagar con acierto en lo que ocurrió —«El Tercer Reich y los judíos» (Galaxia Gutenberg), de Saul Friedlander, compuesto por dos tomos: los años de persecución y los años de exterminio—; para poder mirar con los mismos ojos de las víctimas —«Nueve maletas: memoria del Holocausto» (Taurus), de Bela Zsolt—.

### Hijos de una época

Pero no hay que negar la evidencia. «Somos hijos de aquella Europa donde está Auschwitz: hemos vivido en el siglo en el que se ha

torcido la ciencia y que ha alumbrado las leyes raciales y las cámaras de gas», dice Levi. Después añade: «¿Quién puede estar seguro de que es inmune a la infección?».

El Holocausto trascendió los márgenes de la memoria y el testimonio y halló en la literatura el cauce adecuado para evitar que la enfermedad preconizada

por el autor italiano cayera en el olvido. «Sin destino» (Acanalado), de Imre Kertész, Premio Nobel de Literatura, que cuenta en su trayectoria con títulos como «Kaddish por el hijo no nacido» y «Dossier K.», publicados en la misma editorial que el anterior—. Jorge Semprún también ha abordado este tema en varios libros, como «Viviré con su nombre, morirá con el mío» o «El largo viaje», ambos en Tusquets. Después de haber sido liberado del campo de Buchenwald, el novelista se propuso glosar aquella experiencia en un libro. El problema: ¿cómo iba a narrar el horror? Lo consiguió y lo hizo en un libro, el segundo aquí citado, que resulta estremecedor. Pero es imposible acabar sin citar un libro esencial para acercarse a este problema y a las reflexiones posteriores que suscitó: «Eichmann en Jerusalén» (Debolsillo), de Hannah Arendt, un libro clásico y fundamental para intentar comprender el Holocausto.



Supervivientes del complejo Auschwitz-Birkenau, cuando las tropas soviéticas liberaron el campo, en enero de 1945

### El ruido del silencio

Hay que escribir para contar. Hay que escribir para reflexionar. Hay que escribir para comprender y evitar que suceda esto de nuevo (el olvido era uno de los grandes temores de Primo Levi). Cuando se piensa en el Holocausto hay que tener en cuenta muchos aspectos y lo que a veces pasa desapercibido y que el novelista italiano acertó a ver con sagacidad: el silencio. «¿Pero qué decir del silencio del mundo civil, del silencio de la cultura, de nuestro propio silencio ante nuestros hijos, ante los amigos que regresan de largos años de exilio en lejanos países?».

# Auschwitz, vivir para contar

Novelas, testimonios y ensayos recuerdan el horror del Holocausto